

ÚLTIMA LECCIÓN 21 DE JUNIO DE 2013

Félix Martín

Ilma. Sra. Vicerrectora, Dra. Silvia Iglesias, Ilmo. Sr. Decano de la Facultad, Dr. Dámaso López, Sra. Vicedecana de Estudiantes, Dra. Carmen Méndez. Compañeros Vicedecanos, Directores de Departamento, Profesores, nuevos licenciados, madres, padres y hermanos.

Mis primeras palabras son de felicitación y celebración. Enhorabuena a todos los recién licenciados y licenciadas. Muchas felicidades. Es un logro que estoy seguro os llenará de orgullo y satisfacción. Y como a vosotros también a vuestros padres, hermanos, familiares y amigos. Y a todos los que os acompañamos en este acto.

Es un honor para mí participar en esta ceremonia y transmitir los mejores deseos de felicidad de parte de todos mis compañeros, de las autoridades académicas y de todo el personal de esta Facultad, compartir vuestro día, recrear impresiones de vuestra estancia en la universidad Complutense y reconocer la estela de vuestra presencia, participación y afecto en nuestra Facultad.. Me gustaría que entendierais que este acto público concentra y acrisola los excelentes momentos y experiencias que hemos vivido con vosotros y vosotras y que trasladamos hoy al umbral de vuestro futuro, a esa frontera en la que los recuerdos crean responsabilidades.

Nos asegura la neurociencia que no podemos plasmar el pasado como si fuera una fotografía, que tal empeño es un mito y que nuestros recuerdos son creaciones fluidas, dinámicas, que pueden editarse y reordenarse. Si eso es así me gustaría asomarme al pasado reciente, tan sólo cinco años, seleccionar libremente lo que más me interesa –mejor dicho, os interese,--y auguraros un futuro esperanzador, consciente de que las crisis no se las lleva el viento ni la política. Y obviamente desearía que algún episodio de esa memoria pasada alumbrara sobre todo el presente. El presente ciega a esos pedagogos que nos predicán que antes de obsesionarse por la salida profesional del alumno es necesario formarle integralmente, que ya aprenderá solucionando los problemas según vengán, y que por lo tanto, importa mucho crear una personalidad hecha y derecha antes de lanzarse al ruedo laboral.. Semejante idealismo resulta difícil de aceptar en nuestros días. Todo, de hecho, parece resultar difícil en estos tiempos. Recuerdan los que Dickens describiera en

Historia de las dos ciudades: “Era el mejor y el peor de los tiempos, una edad de sabiduría y de necesidad, una época de creencias y de incredulidad, un monumento de luz y de tinieblas, la primavera de la esperanza, el invierno del desaliento” o saluda en *Hard Times* (*Tiempos difíciles*) con el credo más utilitarista que podéis imaginar: “Quiero hechos,” decía, “hechos, y nada más. Enseña a tus hijos e hijas sólo hechos. Todo lo que quiero en mi vida SON SÓLO HECHOS. No plantes nada más, y borra todo lo que no sean hechos. Sólo puedes formar la mente de los animales racionales con hechos, todo lo demás no servirá para nada.”

Este imperativo utilitarista sigue resonando en esos comentarios, o prejuicios, que debiéramos descartar y que insisten en que lo que realmente le interesa al alumno es el título, y que como la educación es un medio para un objetivo particular lo que persigue es un buen trabajo. El estudiante quiere las suficientes credenciales para seguir adelante, colocarse profesionalmente, y lo que ocurre entre su primer año de carrera y el último, especialmente en las aulas, no es algo determinante para sus intereses. ¿Y se les ha de culpar por ello? ¿No es la propia sociedad la que incentiva cada vez más acusadamente objetivos concretos, intereses concretos? ¿No leemos diariamente que el licenciado del futuro debe estar muy especializado, que hacen falta candidatos 10, que los más demandados son los que más certificaciones consiguen, que se precisan comunicadores muy preparados y específicos?

Disculpen las preguntas. Afloran cada vez que deseamos pedir responsabilidades, el oficio más demandado también en estos tiempos en los que el desempleo, la frustración, la situación crítica del mercado laboral, el despilfarro de la sobre-cualificación, y tantas y tantas cosas constituyen ya una gigantesca interrogación que tendremos que responder. No es este un panorama que a primera vista me permita arengaros “a la americana” con máximas selectas de celebridades, citas poéticas memorables o clichés reciclados por las agencias de publicidad. Más bien me atrevo a seguir el curso de “todo lo que quiso decir y no se atrevió”, no sólo porque tengo noticias de que en Estados Unidos inspeccionan lo que hay que decir en estos discursos, no sea que algún resentido quiera desprestigiar la universidad, sino porque vuestro futuro va a desdecir algunas cosas que voy a comentar y seguramente superará cualquier premonición mía. Estoy seguro que así será y así os lo deseo. El reto que tenéis ante vosotros es importante, tal vez enorme, y estoy seguro que sabréis superarlos.

Si no fuera por la intoxicación de información que nos rodea y la anestesia moral que ha producido me atrevería a recetar alguna medicina de saludable optimismo. Valdría la pena, aunque sólo en casos muy especiales esa receta os propondría modelos de conducta e ideales inalcanzables. Nuestros modelos proceden del placer de la lectura, de la intimidad compartida con viejos amigos que siempre están ahí, muy cercanos y lejanos a la vez y que no dejan de suscitar fascinación. Normalmente no precisamos ver su cara ni conocer sus vidas, pues las de los más actuales nos resultan muy normales y las de los más lejanos se han convertido en materia de suspicacia biográfica.

Junto a la lectura o rondándola está el espacio de alteridad que habéis creado como fruto de experiencias compartidas, de diferencias enriquecidas por vuestro afecto y sin duda formidables para vuestra formación. Todavía entro en las aulas recordando un comentario en el que se preguntaba un profesor de talante anti-post-estructuralista: ¿Simplemente entramos en el aula con los ojos encendidos por una luz extraña y anunciamos que el mejor deportista de la clase o la alumna más despampanante deben aceptar que ya no son sujetos trascendentes sino partes de un collage de lenguas dislocadas, y que su sentido del “yo”, son productos de una lucha ideológica que debe ser deconstruida constantemente? Nos exponemos, sin duda, a recibir un puntapié en el centro de nuestro descentramiento que hará olvidar el que el Dr. Johnson propinó a una roca como reacción ante la imposibilidad de refutar al obispo Berkeley.

Todos, nos ha recordado el joven novelista David Foster Wallace, adoramos algo y la cuestión es intuir si lo que adoramos va a acabar exigiéndonos demasiado, trátase de creencias, del cuerpo, de la belleza o del dinero. Es conmovedor, por ejemplo, leer que las cartas de amor de sus padres fueron decisivas para la inspiración poética de Tess Gallagher, o que los sueños de su mujer afectaron poderosamente a la obra poética de Leonard Michaels. Toda la constelación de influencias que han festoneado vuestra licenciatura,-- unas palpables y otras invisibles o tal vez inconfesables, unas transitorias, otras más perdurables --habitará para siempre esta Facultad. Lo que habéis oído llamar “angustia de la influencia” no sólo se aplica a una batallita entre escritores de una generación y sus sucesores sino a la forma de sortear las influencias que confluyen en vuestras vidas. Por ejemplo, no es recomendable dejarse dominar por una personalidad muy poderosa, pues tanto la fascinación total como el homenaje pueden llevar a la pérdida.

Para suerte vuestra, y ante el eclipse de ideales y figuras nacionales, habéis podido conocer obras magistrales, y tal vez personas, que jamás reducirán su influencia a clichés, mitos, o lemas morales. Los slogans, como los anuncios, suelen ser ingeniosos, incluso bellos, o poderosos pero nunca se ofrecen como regalo ni dicen a qué persona van dirigidos. Si entráis, por ejemplo en el metro de Madrid, podréis confrontar una imagen de Julio Cesar proclamando que “Si no te recuerdan no importa lo bueno que seas”. Un lema estupendo para la agencia que dice ser inteligente, pero cuyo mensaje puede explicar por qué nuestras comunidades autonómicas han construido monumentos faraónicos y pretenden construir más. La frase condicional también puede implicar que aunque seas malo puedes triunfar y ascender al olimpo de los dioses. Lo importante, habéis oído hasta la saciedad, es el éxito y aceptar la comedieta que ponen en escena la identidad y las apariencias, es decir, identificar lo que existe solo con lo que se ve o se ha publicado. En el mundo de la economía esta sustitución es más sutil, aunque parezca sencilla. La publicidad, nos dicen los economistas, ha sustituido a la realidad, pues no hay forma de que fluya el crédito.

Recomiendo, por ello, no dejarse seducir ni intimidar. Al fin y al cabo Ni Sherlock Holmes dijo aquello de “Elementary, My dear Watson”, ni Ingrid Berman en la película Casablanca dijo exactamente “Play it again, *Sam*”, ni Winston Churchill emitió tantas frases como se le atribuyen. Ni puede decirse que el lema de Santayana “Aquellos que no pueden recordar el pasado están condenados a repetirlo” ha servido de mucho. Hasta la existencia del mismo Shakespeare podría ponerse en tela de juicio a pesar de que sus incontables slogans nutren nuestras vidas y a los ingleses les ha levantado un monumento histórico memorable. Si realmente necesitarais algún criterio corrector para vuestro itinerario profesional os brindaría esta advertencia del filósofo Alfred North Whitehead: “No hay verdades completas, todas son medias-verdades”, “todo lo importante ha sido dicho por alguien que no lo descubrió”.

No pretendo alargar esta broma pesada sin reconocer que no podemos adivinar lo que os espera ni deducir que de tal carrera tal futuro o de tal actitud tal grado de éxito o felicidad. Tampoco me atrevería a decir que algunas decepciones se superan sólo con esfuerzo o que las dificultades están para entrenar nuestra voluntad. Las situaciones cotidianas serán tan distintas, tan únicas y tal vez tan comprometidas que cada una de ellas requerirá una forma de pensar distinta, un grado de atención diferente, una solución

particular. Y tampoco hemos de pensar que la capacidad crítica desarrollada en las aulas va a aliviar la monotonía de vuestras vidas o resolver vuestra competencia profesional. Ciertamente nunca sabremos qué repercusiones llegarán a tener las actividades interpersonales y comparativas que habéis desarrollado en las clases.

Lo que sí deseo resaltar, y me interesa que lo recordéis, es que uno de los fenómenos más relevantes que hemos vivido en esta Facultad durante los últimos años es vuestro acceso al centro de nuestro escenario pedagógico, vuestro protagonismo insustituible en este teatro intelectual, social, cultural que es la universidad. No me malentendáis. No me refiero a si habéis adquirido más poder, a si habéis participado más en la política universitaria o habéis hecho algún espectáculo excepcional. Tampoco a si vuestra actuación en las aulas ha hecho palidecer la del profesor. Me refiero a la posición única y excepcional que ocupáis como receptores y actores de la actividad intelectual y de la comunicación docente.

Tal vez os suenen demasiado pretenciosas estas palabras y penséis que vuestra actividad cotidiana ha sido casi irrelevante. Como suele ocurrir con tantas cuestiones pedagógicas se confunden nimiedades con principios. Hasta en las últimas publicaciones sobre la enseñanza en la universidad la pedagogía ha incrementado su recetario de prácticas, consejos, gestiones del tiempo y toda la parafernalia de minuciosas sugerencias que van desde cómo cronometrar los momentos de angustia de una estudiante antes de su presentación oral, cómo hacer las correcciones de los exámenes a lápiz o cómo esquivar la mirada del estudiante más agraciado. Pero es evidente que el más mínimo detalle pedagógico puede tener consecuencias muy importantes.

Permitidme que recuerde cómo ha ocurrido esto y qué consecuencias puede tener actualmente, aunque sea sólo desde el ángulo preciso de las aulas. Hace bastante tiempo las especialidades de filología compartíamos un modelo magisterial dominado por la figura capital del profesor, árbitro crítico y moral de la interpretación. Vino luego un cambio escenográfico y metodológico significativo que equilibró la autoridad magisterial con el papel del alumno en ese escenario, una estrategia docente que consoló a bastantes pedagogos y que llevó a sus últimas consecuencias la deconstrucción y la pedagogía radical norteamericana.

Irrumpió seguidamente el imperio del texto, mejor dicho, de toda una colección de piezas del discurso, un fenómeno que, tal y como predijo Roland Barthes, sedujo a los

profesores e intimidó a los alumnos con una erótica textual que se supone causaría estragos. Y causó estragos, no sólo complicando lo que entendíamos por obra literaria, sino haciendo que pudierais ver si vuestro papel en la vida podría diferenciarse de la actividad neurótica y repetitiva de la sociedad. La seducción tenía un tiempo limitado, como todas, pero en la universidad se soñaba con prolongarla durante bastante tiempo.

Y efectivamente se ha prolongado demasiado. Quedan muestras imborrables en las aulas de muchas intervenciones vuestras, de una desenvoltura intelectual que lo mismo se atrevía con los pretextos lógicos de *Unspeakable Sentences* de Ann Bandfield, *Tristan Shandy* o el *Ulises* de James Joyce. Quedan también numerosas sesiones que nunca se han cerrado ni se cerrarán, pues el cierre textual de *La Montaña Mágica*, *Moby Dick*, o *La Modification* era engañoso, decididamente ambiguo.

Con objeto de recuperar la vida de los sentimientos y los contextos históricos os adentrasteis luego en la ruta marcada por el retorno del lector, guiados por el lema de completar, reinscribir o simplemente leer el texto. Fue esta fase probablemente la más decisiva de vuestra carrera, pues la lectura os abrió perspectivas muy variadas y a veces polémicas sobre aspectos sociales, políticos, sexuales, de género, raciales, multiculturales y transnacionales que revivieron pedagógicamente en todas las especialidades de filología enriqueciendo precisamente la lectura del texto. Los riesgos de esta perspectiva fueron y son evidentes, aunque fueron precedidos por advertencias procedentes de algún colega inglés. “Elijan los cursos ordinarios,” recomendaba Jeffrey Hart ante el advenimiento de los estudios culturales, “Utilizo aquí el término ordinario de un modo paradójico y desafiante... El estudiante debe ser disuadido de gastar su dinero en el filo cortante de la textualidad interdisciplinaria de los estudios culturales. Si el estudiante debe buscar esos cursos ordinarios, entonces debe evitar los llamados excitantes. Evitar cosas como lesbianas nicaragüenses. Sí, y además cualquier cosa descrita como “Estudios...”, cualquier curso cuya descripción utilice las palabras “interdisciplinario”, “hegemónico”, “falocrático” o “fortalecimiento”; escoged algo que mencione “mantener un diario”, cualquier curso con un título como “Aventuras en la película”. También cualquier profesor que entre a clase sin chaqueta y corbata debe considerarse como sospechoso, a menos que haya ganado un Premio Nobel.”

Fue este contexto el que os deparó alguna sorpresa inesperada, sin duda incrementada por la premisas posmodernistas en la educación y la expansión desorbitada

de áreas, conocimientos y formas culturales. ¿Os suena esa melodía de que sois actores que representáis cómo aprender, que debéis construir vuestras propias versiones del conocimiento, de su sentido y su permanencia? ¿Cuántas veces habéis oído la confesión de que antes sabíamos quiénes éramos y ahora no, pues se ha hundido hasta el suelo?

Es inevitable. El mundillo universitario es hoy uno de los laboratorios críticos y culturales más controvertidos. Y en ese laboratorio el ensayo más codiciado es valorar lo que vosotros habéis traído al aula y lo que realmente ha sucedido en ella. Al recorrer los nuevos itinerarios lingüísticos y literarios demarcados o el horizonte cultural y científico internacional que perfilan las especialidades seguramente pensáis que no todo es cuestión de cursos, que hay mucho más tanto dentro de las aulas como fuera, que hay un curriculum oculto muy efectivo, que necesariamente la universidad está conectada con relaciones sociales cambiantes y cuestiones de poder, que vuestro diseño curricular no ha sido tan ingenuo ideológicamente como parece.

Sin rubor y sin intención de hacer propaganda de esta Facultad os puedo asegurar que la transformación de las filologías llevada a cabo estos últimos años ha sido decisiva, motivada por una actualización pedagógica consciente de vuestro nuevo papel, de vuestras necesidades, de vuestras exigencias, intereses culturales, y por qué no decirlo, de vuestro desconcierto.

Obviamente es un proyecto ambicioso y una guía pedagógica que habéis dotado de ilusiones, trabajo, tal vez frustraciones y anhelos de superación. Confrontáis el futuro con bastantes garantías intelectuales y una pizca de utopía que ha removido los cimientos de la preciosa herencia cultural recibida, que sigue alterando nuestras prácticas docentes y estimulando vuestra reflexión crítica, vuestro diálogo con la vida. Si la utopía no parece tener en nuestros días un patrón político determinado, sí quedan chispas que encienden un más allá de lo aprendido, una esperanza que puede concretarse, una necesidad de ir más allá incluso de los reinos de la fantasía.

Los nuevos itinerarios lingüísticos, literarios y culturales no sólo conectan países y continentes, arte y tecnología, información y ciencia, instituciones nacionales y extranjeras en el marco de una globalización fluida y casi omnipotente. Por particularizada que aparezca una filología sus posibilidades son enormes. No creo que sea necesario recorrer con vosotros ese mapa multicultural, ahora transnacional, que seguramente imagináis como red de oportunidades laborales. Hay algo poderoso, profundo y potencialmente de gran

alcance detrás de la educación universitaria en la actualidad, algo que tenemos que empezar a considerar. Puede ser que de momento nos lleguen indicios muy tenues de este fenómeno de nuestros estudiantes Erasmus, o de los becados en Alemania, Holanda, Italia, Francia Inglaterra, Estados Unidos, Rumanía o Polonia.

Pero es incuestionable que el haber ocupado el centro de ese escenario os confiere una responsabilidad insospechada y que debéis defender vuestra autonomía creativa. Os deseo el máximo grado de libertad en este sentido. Estamos en una sociedad de consumo en la que se monopolizan ideas e iniciativas de forma despótica y por ello vuestra independencia es fundamental. La tecnología puede contribuir a ello, pues forma parte de vuestras vidas, es inseparable de vuestro pasado reciente e incluso de vuestra melancolía. Si el colapso de las barreras entre tecnología e información desprende signos o imágenes confusas podréis esclarecer vuestra visión constatando cómo los sueños utópicos no se marchitan nunca y que son tan omnipresentes como las expresiones ocultas de nuestros deseos. Como diría Oscar Wilde “un mapamundi en el que no figure la utopía no merece ni consultarse” Ojala el optimismo irredento, o la renuncia a adecuarse a la realidad os guíe en el futuro.

“En pocas palabras,” concluía Dickens, “aquellos tiempos eran tan sumamente parecidos a los actuales que algunas de las autoridades, aquellas que más se oían, insistían en calificarlos, para bien o para mal, sólo en grado superlativo de comparación...”

Mucha suerte a todos y a todas, y enhorabuena especialmente a quienes habéis cursado la licenciatura con algún problema de salud. Enhorabuena a todos. Muchas gracias.